

En español, destaque una problemática que le permita organizar una reflexión a partir de estos tres documentos, en relación con el eje: «La création et le rapport aux arts.»

Documento 1: Emilia PARDO BAZÁN, *La Tribuna* [1883], ed. Benito Varela Jácome, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 91-92.

Documento 2: Gonzalo BILBAO MARTÍNEZ, *Las cigarreras*, 1915. Óleo sobre lienzo, 305 x 402 cm, Museo de Bellas Artes de Sevilla.

Documento 3: Leopoldo ALAS «CLARÍN», «*La Tribuna*, novela original de Doña Emilia Pardo Bazán», *Sermón perdido*, 1885, publicado en Ermitas Penas, *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidade Servicio de Publicacións, 2003, pp. 52-53.

Documento 1

Amparo madrugó para asistir a la fábrica. Caminaba a buen paso, ligera y contenta como el que va a tomar posesión del solar paterno. Al subir la cuesta de San Hilario, sus ojos se fijaban en el mar, sereno y franjeado de tintas de ópalo, mientras pensaba en que iba a ganar bastante desde el primer día, en que casi no tendría aprendizaje, porque al fin los puros la conocían, su madre le
5 había enseñado a envolverlos, poseía los heredados chismes del oficio, y no le arredraba la tarea. Discurriendo así, cruzó la calzada y se halló en el patio de la fábrica, la vieja Granera. Embargó a la muchacha un sentimiento de respeto. La magnitud del edificio compensaba su vetustez y lo poco
10 airoso de su traza, y para Amparo, acostumbrada a venerar la fábrica desde sus tiernos años, poseían aquellas murallas una aureola de majestad, y habitaba en su recinto un poder misterioso, el Estado, con el cual sin duda era ocioso luchar, un poder que exigía obediencia ciega, que a todas partes
alcanzaba y dominaba a todos. El adolescente que por vez primera pisa las aulas experimenta algo parecido a lo que sentía Amparo.

Pudo tanto en ella este temor religioso, que apenas vio quién la recibía, ni quién la llevaba a su puesto en el taller. Casi temblaba al sentarse en la silla que le adjudicaron. En derredor suyo,
15 las operarias alzaban la cabeza: ojos curiosos y benévolos se fijaban en la novicia. La maestra del partido estaba ya a su lado, entregándole con solicitud el tabaco, acomodando los chismes, explicándole detenidamente cómo había de arreglarse para empezar. Y Amparo, en un arranque de orgullo, atajaba las explicaciones con un «ya sé cómo» que la hizo blanco de miradas. Sonrióse la maestra y le dejó liar un puro, lo cual ejecutó con bastante soltura; pero al presentarlo acabado, la
20 maestra lo tomó y oprimió entre el pulgar y el índice, deformándose el cigarro al punto.

–Lo que es saber, como lo material de saber, sabrás... –dijo alzando las cejas–. Pero si no despabilas más los dedos... y si no le das más hechurita... Que así, parece un espantapájaros.

–Bueno –dijo la novicia, confusa–; nadie nace aprendido.

–Con la práctica... –declaró la maestra sentenciosamente, mientras se preparaba a unir el
25 ejemplo a la enseñanza–. Mira, así..., a modito...

No valía apresurarse. Primero era preciso extender con sumo cuidado, encima de la tabla de liar, la envoltura exterior, la epidermis del cigarro, y cortarla con el cuchillo semicircular trazando una curva de quince milímetros de inclinación sobre el centro de la hoja para que ciñese exactamente el cigarro, y esta capa requería una hoja seca, ancha y fina, de lo más selecto, así como
30 la dermis del cigarro, el *capillo*, ya la admitía de inferior calidad, lo propio que la tripa o *cañizo*. Pero lo más esencial y difícil era rematar el puro, hacerle la punta con un hábil giro de la yema del pulgar y una espátula mojada en líquida goma, cercenándole después el rabo de un tijeretazo veloz. La punta aguda, el cuerpo algo oblongo, la capa liada en elegante espiral, la tripa no tan apretada que no deje aspirar el humo ni tan floja que el cigarro se arrugase al secarse, tales son las condiciones
35 de una buena tagarnina. Amparo se obstinó todo el día en fabricarla, tardando muchísimo en elaborar algunas, cada vez más contrahechas y estropeando malamente la hoja. Sus vecinas de mesa le daban consejos oficiosos; había diversidad de pareceres; las viejas recomendaban que cortase la capa más ancha, porque sale el cigarro mejor formado y porque «así lo habían hecho ellas toda la vida»; y las jóvenes, que más estrecha, que se enrolla más pronto. Al salir de la fábrica, le dolía a
40 Amparo la nuca, el espinazo, el pulpejo de los dedos.

Emilia PARDO BAZÁN, *La Tribuna* [1883], ed. Benito Varela Jácome, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 91-92.

Documento 2



Gonzalo BILBAO MARTÍNEZ, *Las cigarreras*, 1915. Óleo sobre lienzo, 305 x 402 cm, Museo de Bellas Artes de Sevilla.

Documento 3

Un crítico pedía hace meses al naturalismo español más novelas y menos teorías (algo como aquello de «más industriales y menos doctores»), y la señora Pardo Bazán, después de publicar teorías tan bien pensadas como las de su *Cuestión palpitante*, da a la estampa su novela *La tribuna* naturalista por todos lados.

5 Si algún día prospera tanto el género en España, que se puede decir: este es el Balzac español, este el Flaubert, este el Daudet, etc., a la señora Pardo le convendrá la comparación con los Goncourt. De todos los novelistas del naturalismo, son los Goncourt los que más pintan y los que más enamorados están del color. La señora Pardo Bazán es de todos los novelistas de España el que más pinta: en sus novelas se ve que está enamorada del color y que sabe echar sobre el lienzo
10 haces de claridad como Claudio Lorena¹.

Un viaje de novios llamó la atención, sobre todo, por algunas escenas donde la luz y los colores parecen robados al sol y a las cosas del mundo; pues en *La tribuna*, con haber mucho bueno, todavía es lo mejor el color, y la fuerza y corrección con que se emplea.

15 No soy amigo de narrar argumentos de libros, que el lector debe conocer; por lo general, estos extractos que hacen algunos críticos, parecen los que leen en estrados los relatores.

La tribuna no es más que una cigarrera que se hace *federala*, predica en la fábrica, se deja enamorar por un teniente insulso, y tiene un hijo de estos amores el mismo día en que se proclama la República. Sin embargo, no es eso en rigor *La tribuna*, aunque eso sería si tratáramos de procesarla.

20 Lo principal en este libro no son las personas por dentro, sino su apariencia y las cosas que las rodean.

Leopoldo ALAS «CLARÍN», «*La Tribuna*, novela original de Doña Emilia Pardo Bazán», *Sermón perdido*, 1885, publicado en Ermitas Penas, *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidade Servicio de Publicacións, 2003, pp. 52-53.

¹ Se considera al famoso pintor francés Claude Gellée (1600-1682), más conocido bajo el apodo de *Le Lorrain*, como el maestro del paisaje francés clásico.